

Serie La Epístola de Santiago

- Capítulo 1: 14-25 -

Agosto 17, 2022

Lectura de Estudio:

14 Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. **15** Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte. **16** Mis queridos hermanos, no se engañen. **17** Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras. **18** Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación. **19** Mis queridos hermanos, tengan presente esto: Todos deben estar listos para escuchar, y ser lentos para hablar y para enojarse; **20** pues la ira humana no produce la vida justa que Dios quiere. **21** Por esto, despójense de toda inmundicia y de la maldad que tanto abunda, para que puedan recibir con humildad la palabra sembrada en ustedes, la cual tiene poder para salvarles la vida. **22** No se contenten solo con escuchar la palabra, pues así se engañan ustedes mismos. Llévela a la práctica. **23** El que escucha la palabra, pero no la pone en práctica es como el que se mira el rostro en un espejo **24** y, después de mirarse, se va y se olvida enseguida de cómo es. **25** Pero quien se fija atentamente en la ley perfecta que da libertad, y persevera en ella, no olvidando lo que ha oído, sino haciéndolo, recibirá bendición al practicarla.



¿De Dios?: Después de eliminar la posibilidad de que Dios sea la fuente de nuestra tentación a pecar, Santiago nos lleva nuevamente a considerar el papel que desempeñan nuestros propios deseos. Él retrata la tentación como un proceso en vez de un suceso. Al hacerlo, nos ayuda a reconocer las vías de escape que tenemos para evitar rendirnos antes nuestros deseos pecaminosos.

La primera batalla en la guerra contra el pecado es con los deseos pecaminosos que tratan de seducirnos y atraernos. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta? Alejarnos de estos deseos y no ceder a ellos. En sí mismos, los deseos no son pecaminosos; en cambio, nuestra decisión de pensar en ellos y alimentarlos causa el problema. Pablo ofrece una imagen de esto en Romanos 7:7–12 al describir cómo le afectó el conocimiento de la ley. En vez de calmar sus deseos, el conocimiento de la ley aumentó su deseo de rebelarse.

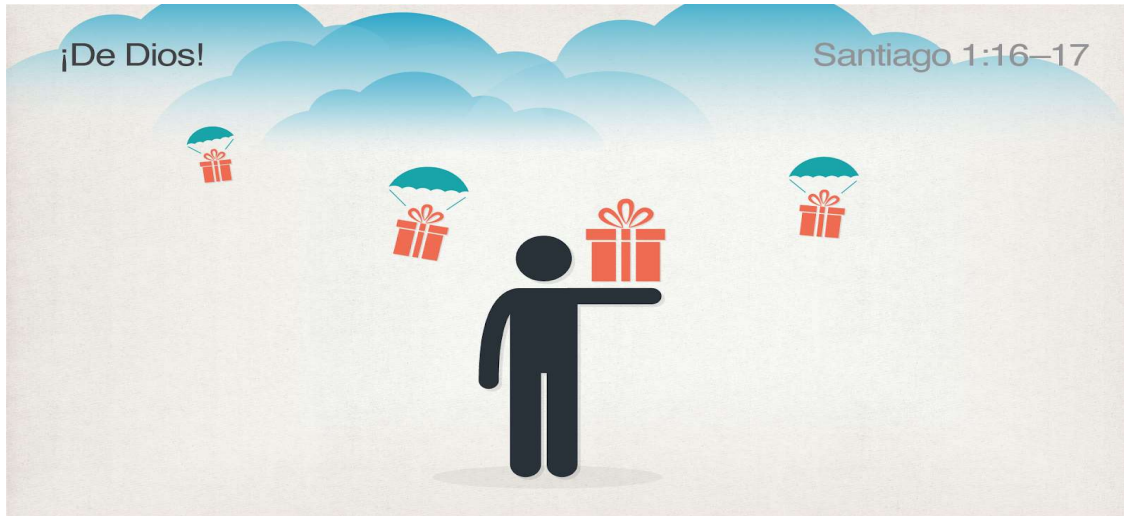
Entonces, ¿cómo debemos responder? Pablo explica esto en Romanos 6:12–14: «Por lo tanto, no permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal, ni obedezcan a sus malos deseos. No ofrezcan los miembros de su cuerpo al pecado como instrumentos de injusticia; al contrario, ofrezcense más bien a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida, presentando los miembros de su cuerpo como instrumentos de justicia. Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia». Pablo también proporciona orientación sobre el importante papel que desempeña el Espíritu en este proceso en Romanos 8:4–11. No obstante, para Santiago hay que centrarse aquí en la fuente de la tentación. En lugar de culpar a Dios, como si fuéramos impotentes en medio de la tentación, Santiago responde demostrando el papel fundamental de nuestros deseos en el proceso.

Entonces, ¿qué pasa si perdemos la primera batalla y cedemos a los deseos? ¿Y si permitimos que ellos nos arrastren? En el versículo 15, Santiago declara que esto significa dar a luz a un robusto pecado bebé. Ahora, en lugar de solo enfrentar un deseo, debemos batallar con su resultado, el pecado. Enfrentamos una segunda batalla, una decisión muy seria: ¿Nos preocupamos por él y lo alimentamos, proporcionándole todo lo que necesita para crecer y madurar? Si lo hacemos, entonces solo hay un resultado que podemos esperar: la muerte. Y no va a ser el pecado el que muere, ¡seremos nosotros! Destruirá nuestra relación con Dios y con los que nos rodean.

¿Por qué Santiago entra en tanto detalles al presentar el pecado como un proceso? Porque este conocimiento nos permite entender mejor a nuestro enemigo. Las tentaciones no provienen de Dios, así que debemos abandonar esa creencia inmediatamente. Las tentaciones surgen más bien de nuestros propios deseos, lo cual seguiría siendo cierto incluso si el diablo estuviera involucrado, porque él apela a nuestros deseos. Nuestra primera línea de defensa es reconocer esto y luchar contra los deseos antes de que la batalla esté perdida.

Entonces, ¿qué haremos cuando vengan las tentaciones? Lo que Santiago describe en el versículo 15 podría compararse con la incubación de los deseos, es decir, proporcionarles lo que necesitan para que puedan llegar a ser grandes y fuertes. Debemos reconocer nuestro papel en el proceso y matar de hambre a los malos deseos privándoles de lo que necesitan para prosperar y crecer: ¡Nuestro amor y energía! Santiago deja en claro que debemos centrar nuestra atención en esto,

abandonando la mentira de que el pecado solo sucede, de que caemos en el pecado sin previo aviso.



¡De Dios! En los versículos precedentes, Santiago ya ha explicado que Dios no es la fuente de nuestra tentación, la fuente es nuestros deseos pecaminosos. Sin embargo, Dios es fuente poderosa: Santiago nos dice que toda buena dádiva y don perfecto de lo alto viene de él. Dios recibe el nombre de 'Padre de las luces o Padre que creó las lumbreras celestes', en contraste con Satanás o nuestros propios deseos oscuros.

Dios es una fuente poderosa, pero no de las tentaciones desestimadas en el versículo 13. Santiago destaca su transición a la visión correcta usando la exhortación: «Mis queridos hermanos, no se engañen» Este metacomentario innecesario dirige nuestra atención a lo que sigue inmediatamente: Dios es la fuente de toda buena dádiva y don perfecto, no de la tentación que enfrentamos. La declaración de Santiago conecta de nuevo con los versículos 5-6 y su exhortación a pedir a Dios sabiduría si carecemos de ella. En los versículos 16-17, añade que hay muchas más cosas buenas que proceden de la sabiduría, toda buena dádiva y todo don perfecto.

Santiago emplea también la metáfora de la luz para hacer un contraste entre las sombras que se mueven y el carácter inmutable de Dios. Tal como las luces, o cosas que arrojan sombras, se mueven, también lo hacen las sombras que se proyectan. Todos hemos visto el movimiento de las sombras bajo un árbol cuando el viento sopla a través del mismo en un día soleado, cambiando constantemente los patrones de luz. Si bien las sombras que se mueven pueden ser hermosas, pueden también arruinar la utilidad de la luz. Caminar con una vela o una linterna es muy diferente a recorrer un camino con luz natural. El movimiento de las sombras en continuo cambio puede distraernos de lo que deberíamos estar mirando; a veces, el movimiento puede ser completamente fantasmal. No sabemos con precisión por qué Santiago eligió esta metáfora, pero los lectores del siglo primero deben haber estado muy familiarizados con los desafíos que presentaban la escasa iluminación y las sombras en constante movimiento. La representación de Dios como una fuente constante de luz, uno que no se muda ni cambia, ofrece una imagen poderosa de su carácter.

Santiago consigue nuestra atención y cambia a un nuevo tema con la exhortación «tengan presente» en el versículo 19, expresión que se usa solo un puñado de veces en el Nuevo Testamento (Ef 5:5; Heb 12:17). En cada caso, lo que sigue no es exactamente un tema nuevo, sino más bien una información importante sobre la discusión precedente

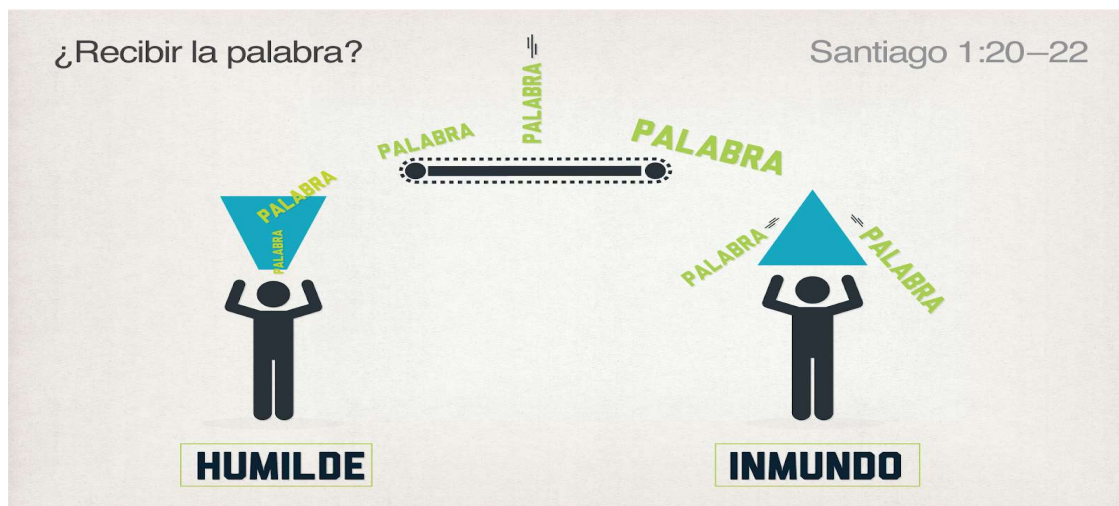


¿Listo o lento?: No hay una solución universal cuando se trata de la forma en que interactuamos con otras personas. Santiago nos manda a hacer lo contrario de lo que es natural para muchos de nosotros. Cuando algo nos molesta, es mucho más probable que nuestra inclinación sea a hablar o enojarse más que a escuchar. La gran pregunta es esta: ¿En qué nos caracterizamos? ¿Soy rápido para reaccionar y lento para escuchar? ¿Qué marcan mis medidores de comunicación la mayor parte del tiempo? Debemos pisar los frenos cuando se trata de hablar y enojarse, cediendo el paso a escuchar.

Entonces, ¿por qué debemos estar listos para escuchar y ser lentos para hablar y para enojarnos? Santiago ofrece una respuesta en el versículo 20, que contrasta la ira humana con la justicia divina o vida justa que Dios quiere. ¿Cuál es la implicación? Que nuestra propensión humana a ser rápidos para hablar y enojarse no procede de la justicia de Dios, sino que cedemos a nuestros deseos y así descargamos nuestra frustración e ira (véase el versículo 14). A través de este contraste de la ira con la justicia, Santiago anula la posibilidad de justificar nuestros arrebatos de ira o de mala educación. Si realmente estamos buscando la vida justa que Dios quiere, entonces nuestra descarga a través de arrebatos emocionales y de nuestro hablar no es la manera de hacerlo. Más bien, la clave está en frenar estas respuestas y escuchar pacientemente.

Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer, basados en el hecho de que nuestra ira no cumple la justicia de Dios? ¿Qué se necesita para estar listo para escuchar y ser lento para hablar o enojarse? Santiago describe dos etapas. La primera

requiere que dejemos a un lado la inmundicia moral y la maldad excesiva que probablemente darán lugar a la impaciencia y a hablar para descargar nuestra ira. En el griego, esta primera etapa es puesta como telón de fondo, lo cual hace que se destaque la segunda etapa como más importante. Ambas son necesarias, pero Santiago da mayor prioridad a la segunda.



¿Recibir la palabra? Santiago describe cómo la ira humana no cumple la justicia de Dios; entonces vuelve al único medio al que podemos recurrir: aceptar la Palabra de Dios, la cual es capaz de salvar nuestras almas. Entrega una imagen contrastante aquí de aquellos que humildemente aceptan la Palabra de Dios y permiten que sea implantada en ellos, y los que, debido a la inmundicia y excesiva maldad, no están dispuestos a aceptarla. La misma palabra que es humildemente sembrada en uno es totalmente ineficaz en el otro.

¿Cuál es la segunda etapa? Recibir lo que Santiago llama “la palabra sembrada.” ¿Qué tipo de mensaje estamos recibiendo? El tipo de mensaje que puede salvar nuestras almas. ¿Qué estás diciendo? Santiago es un provocador teológico, que formula sus planteamientos a fin de hacernos reaccionar y que prestemos atención. Esta información sobre la capacidad que tiene la palabra de salvar nuestras almas entrega una nueva característica a este concepto, haciéndonos ver que podría haber algún otro mensaje sembrado que estamos recibiendo. La descripción adicional influye en la importancia que le asignamos a dicho mensaje. Si un mensaje es lo suficientemente significativo como para salvar su alma, ¿no sería prioritario para usted recibirlo? ¡Ya lo creo! Nada se dice aquí acerca de si alguien ya ha aceptado el mensaje que salvará su alma; simplemente, le está asignando valor e importancia a ese mensaje o palabra.

Santiago cambia de enfoque a un nuevo punto en el versículo 22 sobre la base de la exhortación a recibir con humildad la palabra sembrada. A pesar de que la Palabra es lo suficientemente poderosa como para salvar nuestra alma, Santiago espera que hagamos algo más que solo recibir pasivamente la palabra. Él nos desafía a ser *hacedores* de esta palabra, no solo oidores de ella. Santiago continúa diciendo

que si creemos que lo que importa es escuchar la palabra en lugar de ponerla en práctica, nos estamos engañando a nosotros mismos. Este es el mismo tipo de mensaje que encontramos en Miqueas 6:8: Dios no solo está preocupado de que tengamos el conocimiento correcto, sino que más bien actuemos correctamente conforme a ese conocimiento, practicando la justicia, amando la misericordia, y caminando humildemente ante Dios.



Oidor frente a hacedor: Los espejos nos proporcionan la oportunidad de ver cosas que de otro modo podríamos pasar por alto. La pregunta clave es qué haremos con este conocimiento. Este es el dilema que Santiago usa para expresar su punto. Él retrata la 'perfecta ley que da libertad' como algo que revela imperfecciones en nosotros. Tenemos dos opciones de cómo responder. O actuamos conforme al conocimiento que obtenemos de lo que vemos, o nos alejamos y nos olvidamos que siquiera hemos visto algo en primer lugar. Esta es la diferencia entre escuchar y practicar frente a oír y *no* hacer.

Santiago aborda este problema incluso más claramente en 2:14-17, concluyendo que la fe por sí sola, sin obras, está muerta. ¡Ouch! Somos una sociedad que valora mucho el conocimiento solo por su valor intelectual, pero Santiago nos desafía a reconsiderar este concepto. Desde su punto de vista, Dios ha implantado este conocimiento en nosotros por una razón: para que actuemos conforme a él.

Santiago ofrece una imagen positiva en el versículo 25 para contrastar con el oidor olvidadizo. Asimismo, él redefine el espejo como la perfecta ley de la libertad, algo que puede liberarnos en vez de acorralarnos. La diferencia clave con este segundo tipo de persona es lo que sucede después de que se alejan del espejo. Ellos no solo miran la ley y no olvidan; sino que perseveran en lo que han visto. ¿Qué es exactamente lo que implica esto? Santiago explica lo que significa no ser un oidor olvidadizo, sino más bien un hacedor, uno que actúa. ¿Y qué puede esperar este hacedor? Ser bendecido, no en su conocimiento, sino en su *hacer*.

Los últimos versículos de este capítulo consideran un ejemplo práctico de lo que Santiago quiere decir con escuchar y practicar frente a sólo oír. Una vez más, presenta un estado de cosas utilizando una declaración condicional:

Continuacion